

Patrón de espiral

1

—Cuéntenos, señora Enriqueta. ¿Por qué o quién viene a jugar esta noche?

—Vengo por mi hija, Jazmín, que recién cumplió catorce años.

—¿Alguna razón en particular?

—Sí, porque a pesar de su corta edad, tuvo la mala fortuna de que le saliera la muela del juicio inferior derecha y una ayuda no vendría mal para pagar la operación.

—Todos acá en el estudio estamos con ella, al igual que los televidentes en sus casas. Bien, tiene setenta y cinco segundos para ganar, a la cuenta de tres, dos, uno...

El programa era de los más vistos a nivel nacional. A los participantes se les daba un tiempo limitado para contestar la mayor cantidad de preguntas de conocimiento general como les fuera posible. Quedaban eliminados los que acumulaban tres fallos. La lista seguía hasta que, de los doce iniciales, quedaba solo uno, y ese se llevaba el pozo acumulado de dinero. Con cada eliminación, la dificultad aumentaba.

Enriqueta no pudo ganar y se fue en la tercera ronda. Sin embargo, tocó el corazón de Clara Fernández, destacada odontóloga especializada en cirugía maxilofacial, que trabajaba en la prestigiosa Clínica Dental Peonías.

Con ella se habían atendido actores, diputados, deportistas de élite e incluso la ministra de Educación. Por eso, cuando llamó a su secretaria para decirle que contactara a la madre de esa pobre chica, esta se sorprendió y le pareció muy inesperado; no era común que realizara actos de caridad.

Con Javier, su pareja, podrían haber vivido en alguno de los barrios ricos de la ciudad. Él era abogado y gozaba de una reputación intachable y ella había liderado por tres temporadas consecutivas el promedio de gente atendida en la institución. Pero les gustaba mantener un perfil recatado y no consideraban que los bienes materiales tuvieran tanta importancia. Les llenaba más de alegría la chispa y vivacidad de su comuna.

—¿Pueden salir siendo tan joven?

—Es poco probable, pero sí. En la universidad nos mostraron casos como ese. Pero insisto, no es lo usual.

—¿Y por qué motivo sucede?

—Asumo que por genética. No se sabe con exactitud.

—Qué mal. Cuando a mí me las extirparon la molestia me duró semanas.

—A mí también. De hecho, me dio una fiebre casi de treinta y nueve grados. Un verdadero fastidio.

—¿Tanto así? Bueno, como esa muchacha estará en tus manos, sé que no le pasará nada.

—Quizá la contactaron otros dentistas o ha visto más opciones. Mañana lunes espero obtener una respuesta. Con mucho gusto la ayudo.

—Esa es la actitud, cariño.

Apagaron la televisión y él recogió los platos de comida para llevarlos a la cocina. Ella se untó crema hidratante en la cara y bebió un vaso de agua.

Durmieron de manera plácida.

Para ambos, el día iniciaba a las seis en punto. Se ducharon juntos y luego prepararon un desayuno con café, fruta picada, tostadas con mantequilla y jugo de naranja. Solían turnarse el uso del auto, pero él se había cambiado a una firma que tenía la oficina cerca y prefirió caminar, por lo que se lo cedió a ella, quien debía manejar a una zona más periférica.

Los colores rojizos y amarillentos de las hojas de los árboles le brindaban calidez a Clara, quien mientras esperaba a que cambiara la luz del semáforo, no podía dejar de observar un impetuoso peumo. Era una de las características del otoño que hacían que fuese su estación preferida. Con una sonrisa, pisó el acelerador.

Saludó a Kenneth, el guardia de turno, y acercó la tarjeta al lector para que se levantara la baranda de acceso al estacionamiento.

El edificio se había construido sin intenciones de transformarlo en lo que era. Por su ubicación privilegiada en uno de los sectores más acomodados de la capital, hubo varios interesados en invertir. Pero fue el empresario japonés, Minoru Ogawa, quien decidió establecer el lugar como la clínica dental más reconocida de la urbe.

Clara dejó su mochila en su casillero y cuando se anotó en el registro de asistencia, Marcela le habló.

—Doctora Fernández, buenos días, ¿cómo se encuentra?

—Igual que todos los lunes, expectante. ¿Y tú? ¿Todo bien en el veterinario con Bob?

—Se mejoró. Muchas gracias por preguntar. Le tengo novedades sobre la niña a la que me pidió llamar para ofrecerle el tratamiento. —En el trayecto lo había olvidado por completo. Como contestaron tan de prisa, debía ser una situación crítica.

—¡Cuéntamelas! ¿Qué han dicho?

—Que sería un honor y que se lo van a agradecer. Hablé con la madre, por supuesto, y me contó que su mamá se está sometiendo a una hemodiálisis en un centro médico, lo que es muy costoso. —Oír eso le trajo a Clara el amargo recuerdo de la muerte de su padre, a causa de una enfermedad crónica en los riñones.

—Qué complicado debe ser para ellas. ¿Tienen las radiografías?

—En cualquier instante me llegan y se las imprimo.

—Muchas gracias, Marcela. Ah, por cierto, agéndalas con prioridad. De ser necesario, mueve otra cita, ¿vale? —Ella tipeó algo en el computador y le asintió.

A las diez le tocaba con un señor que oía ruidos al masticar. Lo examinó y pudo concluir que lo más probable era un inconveniente con el disco temporomandibular. Para estar segura, le pidió una resonancia magnética. Le siguió una estudiante de secundaria a la que se le había infectado un empaste por recibir un pelotazo. Nada del otro mundo, pero requería de cuidado y observación. Cuando terminó con ella, revisó las impresiones que Marcela ya tenía listas.

—¿Habías visto algo como esto?

—Es extraño. ¿Por qué la raíz es tan curva?

—Al principio pensé que era una dilaceración. Pero al verlo con más detalle, me parece que no es tan simple como eso.

—Creo captar lo que dices, pero a la vez no. Eso sí, concuerdo contigo en que se trata de una rareza.

—Es casi como si fuera flexible. ¿Habría fallado la máquina de rayos x? —Le mostró las imágenes a Emilio, el único colega que estaba disponible. Él reaccionó con perplejidad y eso le confirmó a Clara que se trataba de algo excepcional. Veían una cantidad abismal de radiografías diarias, por lo que para que una les llamase la atención así, tenía que ser de proporciones.

—Con la tecnología actual, ¿eso no sería más raro aún? De todas formas, el proceso de extracción no debería variar.

—Supongo que sí.

El colega no podía quedarse más rato y se excusó. Ella se sentó en el sillón dental y se quitó las gafas. Antes de ir a almorzar, dio un profundo suspiro.

2

Debido al dolor, Jazmín no había ido a la escuela.

La hinchazón aumentaba y no podía comer con normalidad. Tenía que moler todos los alimentos hasta hacerlos papilla.

Ella era tímida y ensimismada. Disfrutaba de la lectura, y el Kindle era uno de sus acompañantes más fieles. Su tía conseguía los libros piratas, y leía los que quería sin la necesidad de pagar por ellos. Pero su aflicción era tanta que no tenía ánimo ni para eso.

La ansiedad la mantenía activa hasta tarde. A cada rato le molestaba una pulsión que la incentivaba a volver a revisarse en el espejo para ver cómo evolucionaba ese pequeño destello blanquecino dentro de su encía.

Ella lo llamaba cuernito. Pero era más que consciente de que no era eso. Que era esa inútil muela que solo sirve para joder a las personas y que a ella le había crecido prematura y en una instancia volátil, por la salud de su abuela.

Nunca había sido muy íntima con ella. Cuando acompañaba a su madre a visitarla a la casa de retiro lo hacía medio obligada, ya que era una señora de carácter hosco y muy conservadora. Una vez no se quitó bien la pintura facial que utilizó para un baile escolar y ella le hizo un escándalo. Actitudes como esas eran normales. Si no fuera por el tremendo esfuerzo que hacía su madre para pagar el alquiler de su departamento y los servicios del hogar de ancianos, se comportaría como una nieta insoportable. Pero en vez de eso, le agradecía por los consejos y las opiniones, no sin una cuota de sarcasmo.

Aun así, recibir la noticia de que le estaba fallando el riñón fue difícil. Jazmín pensó: “¿Después de noventa años le viene a dar problemas?”. No se lo dijeron, pero las dos sabían que la probabilidad de que muriera era alta. Ella padecía de agenesia renal unilateral, es decir, su riñón izquierdo no había terminado de desarrollarse y había nacido con uno